

Cuaderno 705

COLECCION ARIEL m. 8.

LECTURAS DE AZORIN



SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Imprenta Greñas

COLLEGEION ARIEL

LECTURAS DE AZORIN

Junio de 1915



SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta Gráfica

APRECIACIONES

El atildado Azorín es la faz opuesta de Baroja. Nos encontramos aquí con el ejemplar perfecto, puro y terminante del "hombre de letras". Si la profesión literaria mereciese llevar uniforme, Azorín lo habría de vestir irreprochablemente. Y es una injusticia de la época que no se le hayan concedido al escritor de las "pequeñas cosas" esos destinos perfectamente literarios, como director de Biblioteca o Museo, miembro de la Academia, senador vitalicio.

Es una de las más acabadas figuras literarias del momento. Trasciende todo él a libros, a papeles, a lecturas. Ultimamente, cansado quizá de sus devaneos políticos, se ha entregado del todo a la postura que le conviene más y que mejor le cae: se ha encargado, puesto que otros no lo hacen, de resucitar personas medio olvidadas o muertas del todo. Se ha vuelto de cara al pasa-

do, procurando darles vida a los clásicos españoles. Y nadie como él tan dotado de cariño y de unción por las cosas viejas, por los autores pretéritos.

Azorín, en realidad, no vive contemporáneamente. Su espíritu habita otras regiones lejanas. Parece pasar sobre los sucesos de hoy como un sonámbulo, sin rozarlos. Aunque viste a la moda y circula en el momento actual, fundamentalmente se halla lejos. Si a los hombres pudiera situárseles en el siglo que más les conviene, Azorín se encontraría gustoso y adecuado en pleno siglo XVIII.

Tiene un "progresismo" contemporáneo de Carlos III. Conversaría animadamente con un abate culto, con Cabarrús y Jovellanos. Es de la madera de aquellos hombres que leían casi en secreto a Montesquieu y a Voltaire; que amaban las ciencias y el "progreso", pero al estilo de la época; que eran liberales, sin perdonar la misa ni el acatamiento realista. Muchos de aquellos "liberales", transportados al día de ahora, se harían retrógrados o conservadores. Así también Azorín, que atolondradamente voló entre las furias anarquistas durante algún tiempo, fué a derivar, por lógica y por

instinto, al partido conservador. Y en él está en su centro, con su conservatismo "ilustrado", que se atreve con los agrios problemas modernos. Igual que sus antepasados del siglo XVIII.

He aquí un clásico todo pulcritud y contención. El apasionamiento del siglo XIX apenas ha rozado su alma. Está libre de todo fárrago. Puede encarar los asuntos sin la presión de la fiebre romántica. El mundo, la hirviente contrariedad continua del siglo, no podrían enardecerlo. Si vive en la hora presente, si comenta los hechos sociales, pronto los deja; vierte una nota de interés, perfectamente educada, como espíritu cortés que no sabría rehuir la atención en que bullen sus contemporáneos, y luego, cumplida su especie de cortesía, vuelve a los antiguos, a los recuerdos, a sus cuadros castellanos.

En la pintura de esos cuadros se ha mostrado incomparable. Ninguno entre los modernos, ha podido reflejar a Castilla con tal exactitud y tanto afecto. A estos cuadros le debe su gloria.

En tal sentido, Azorín ejerce una poderosa influencia sobre las letras actuales. Y éste es uno de tantos misterios como abundan

en la literatura. Con toda su riqueza de pensamiento, de imaginación y de emoción, Baroja influye poco o no influye nada; en cambio Azorín, sobrio de pensamiento y con una emoción circunscrita a dos o tres invariables matices, arrastra detrás a muchos imitadores, casi forma escuela.

¿Es beneficioso a España este influjo? Desde luego, ha puesto Azorín cierto orden en el habla, cierta compostura de formas. En cambio, no puede decirse que un espíritu como el de Azorín impulse a un pueblo tan decaído y desorganizado. El espíritu de Azorín es, en el fondo, quietista o estático. Tal vez reporte un beneficio su vuelta a la tierra, su fervor de casticismo, su culto de los clásicos, con frecuencia olvidado todo esto por España, la gran olvidadiza y la gran negligente.

Pero al mismo tiempo hay en Azorín un recreamiento enfermizo por lo que es ruina, quietud y muerte. Más artista que sociólogo, el pasado y el fracaso del pasado, desde su punto de vista artístico, le merecen sólo un amago de lágrima, una pincelada sentimental. Se ve que no gusta sumergirse demasiado en la hondura de los problemas. Su complacencia de artista cree haber he-

cho bastante con delinear y darle vida al cuadro, y pasar.

Es una mente tímida, levemente nostálgica, que se deleita con lo viejo. Es el poeta parco y elegante de la mediocridad castiza. Estima evocar los pueblos que duermen a la sombra de los recuerdos; halla una sensual delectación en ir por esos pueblos y en figurarse que él mismo sea un habitante de pequeña ciudad manchega o levantina, un Azorín pacato y levemente sentimental, un un pequeño filósofo.

Estima sobre todo los libros. Estos le arrancan estremecimientos de alegría, y escribe casi siempre a estímulos librescos. Así como hay autores que dan la sensación de estarse arrancando las páginas que escriben de su propia sangre, Azorín, por el contrario, se llena la mente cada vez que lee un libro, y se vierte después.

En este sentido también es un autor profundamente literario, hombre de letras, es decir, capaz de reflejarse en el mar convencional de la literatura, mucho mejor que en el mar de la vida. Dentro de su sér no percibe el rumor de marea de otros escritores; está inmejorablemente situado sobre el plano neutral del puro objetivismo; su alma

limpia y neutral, clara e impasible, puede así acercarse a los fenómenos que ve pasar y comentarlos sin la pasión del romanticismo.

Al mismo tiempo puede usar sus facultades sin comprometerse o extraviarse. Nada le esclaviza ni le coge definitivamente. Con instinto de diletante, hoy pondera el anarquismo, mañana la religión o cualquier otro tópico. Flota ligero sobre las pasiones profundas. No es que no las comprenda; es que no se deja sumergir en su vorágine.

Sus formas literarias, como sus ideas, son para él vestidos que adopta y deja cuando quiere. Juega, por consiguiente, con los estilos, dejándose influir por modas o escritores. Llena de galicismos sus artículos, por gusto de perturbar; después cesa en su afición y toma otra. Su arte le hace posibles todas las mutaciones. En su última época, para jugar una vez más con el estilo, se somete a una forma escueta, más bien seca, de párrafos sin flexión, como de pluma cansada, que no logra plegarse o volar en fáciles ondulaciones y cuya unidad de tono produce, en quien lee sus libros de ensayos, como una cierta impresión de sonsoneo intelectual.

Dejará en la literatura española una huella considerable: sus descripciones castellanas y sus rasgos de ironía serán siempre estimadas como únicas, como supremas conclusiones artísticas.

Es por el momento el escritor que más cultiva la crítica. Hace revisiones del pasado con un sentido culto y adornándolas de un sabor sugerente, evocativo, pintoresco.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

(Del libro *A lo Lejos*.)



Martínez Ruiz cultiva un género literario de su creación en que ha producido verdaderas obras maestras. En unas pocas páginas de prosa nítida, descompuesta en frases cortas y cargadas del sentido de la vida, sabe fijar momentos de la historia española con brevedad y evidencia fascinadoras. Sobre este volumen * no hay comentario tan vivo y apropiado como este que procede del mismo autor: "Se ha pretendido en este libro aprisionar una partícula del espíritu de *Castilla*. Las formas y modalidades someras y aparatosas han sido des-

* AZORÍN : *Castilla*. Madrid. 1912.

cartadas; más valor y eficacia concedemos, por ejemplo, a los ferrocarriles—obra capital en el mundo moderno—que a los hechos de la historia concebida en su sentido tradicional y ya en decadencia. Una preocupación por el poder del tiempo compone el fondo espiritual de estos cuadros. La sensación de la corriente perdurable —e inexorable—de las cosas cree el autor haberla experimentado al escribir algunas de las presentes páginas.” En verdad, la noción del tiempo parece que fuera para Azorín una sensación de tacto. La presenta con relieves de estatua y la anima con palpitaciones musculares. Estaba indicado por la naturaleza para hacer la síntesis de la vida en pueblos y razas, un autor a quien la naturaleza dotó con antenas de insecto para tocar el hilo de las horas.

B. SANIN CANO.

(*Hispania*. Londres.)

JUAN EL DE JUAN PEDRO

Juan el de Juan Pedro nació en los Prietos, un caserío de La Roda. Fueron sus padres Juan Pedro y Antonia María. Juan Pedro era el manejero de los Prietos. Los Prietos pertenecían a un señor muy rico que vivía en Madrid. Donde nació Juan, la llanura se extiende inmensa y monótona; la tierra tiene un color de ocre. Al lado de la casa se ven unos olmos viejos; no pían en ellos los pájaros. No hay pájaros en toda la llanura. Unas palomas grises revuelan lentamente, muy lentamente, sobre el cielo azul, siempre limpio; a ratos se abaten sobre los sembrados; al anochecer tornan al palomar.

Cuando Juanico tenía cuatro o seis meses, un día que lo habían acostado en un poyo y que su madre estaba fuera, entró un cerdo en la casa, se llegó al niño y co-

menzó a mordiscarle y roerle un brazo. A los gritos acudió la madre. Juan quedó para toda la vida con una gran descarnadura en el brazo. Dos años más tarde murió Antonia María. Juan Pedro se volvió a casar con una viuda que tenía dos hijos.

La madrastra quería poco a Juanico. Apenas le alimentaba; le daba grandes golpes; le encerraba largas horas en las falsas de la casa. Entonces fué cuando Juan Pedro comenzó a beber. Todas las faenas de la casa andaban descuidadas. El amo, que vivía en Madrid, se arruinó; los Prietos pasaron a otro dueño. El nuevo propietario despidió a Juan Pedro. Juan Pedro se fué a vivir al pueblo; trabajaba muy poco; un año después murió y Juanico quedó con la madrastra en compañía de sus dos hermanastros. A los ocho años Juanico no daba señal ninguna de inteligencia; no lo llevaban a la escuela; no aprendía a leer ni escribir. “Es muy bruto este chico”, decían: “¡Jesús, qué zagal más porro!”, exclamaban. Juanico recibía más golpes que antes y

apenas comía nada. Era alto, escuálido, moreno, feucho, pero tenía unos ojos anchos, unos ojos melancólicos, unos ojos luminosos. A los doce años Juanico entró a servir en una casa de labranza; era el guadapero que llevaba la comida a los jornaleros que estaban labrando lejos; hacía las faenas más rudas; soportaba las bromas más brutales y feroces de los mozos de la casa. Una noche de San Juan, por divertirse, los labriegos comenzaron a mantearlo; una de las veces que lo lanzaron por el aire cayó al suelo y se rompió una pierna. Estuvo dos meses en una cuadra, acostado sobre un montón de paja, curándose la fractura. Cuando estuvo un poco bien, cuando ya podía andar y moverse de un lado para otro, ocupándose en las faenas de la casa, se cometió un robo en la labor: del cajón del mayoral o encargado quitaron unas monedas. Juanico no sabía nada del robo; pero lo llevaron al pueblo y lo tuvieron tres meses en la cárcel.

La mujer del carcelero se compadeció de Juanico, el preso no daba nada que

hacer, no decía nada, no se quejaba nunca. Dos hijos del carcelero cayeron enfermos de viruela. Como Juanico inspiraba confianza a todos, andaba por la casa del alcaide de la prisión y hacía todos los menesteres de ella; durante la enfermedad de los dos chicos él no se separó jamás de su cama. Los atendía, les daba las medicinas; velaba todas las noches, sin dormir una hora, junto a ellos.

Al ponerle en libertad, Juanico no sabía lo que hacer. Buscó trabajo, entró a servir en una casa de Villarrobledo y allí estuvo ocupado en labrar seis años la tierra.

Como las cosechas iban mal, el propietario de la finca hizo reducción en el personal; Juanico no tenía mujer ni hijos; él fué el que se quedó sin trabajo. Anduvo durante algunos meses por los caminos, durmiendo en las afueras de los pueblos, comiendo los mendrugos que le daban de limosna. Un día encontró en una carretera a un grupo de labriegos que se marchaba a un puerto de mar. Le dijeron que se fuera con ellos y él comenzó a ca-

minar en su compañía. Doce años estuvo fuera de España, en América.

Cuando volvió a la Mancha todo estaba lo mismo. Juanico era también el mismo de antes. No tenía a nadie en el mundo, ni tenía nada. Pidió trabajo en algunas labores y labró las tierras. Un matrimonio de jornaleros le daba albergue en su casa; Juanico les retribuía con lo que ganaba. En 1885 se extendió el cólera por España. Juanico estaba entonces en Criptana; las familias pudientes del pueblo se ausentaron. Se suspendieron o redujeron a lo indispensable los trabajos del campo. Juanico se quedó desocupado. En Criptana él entraba en las casas de los coléricos; ayudaba a los médicos; se acostaba en la misma cama de los enfermos para hacerlos reaccionar. Uno de los médicos se compadeció de él y le dió trabajo en una finca suya.

Tenía Juan el de Juan Pedro entonces cerca de cuarenta años; era tan delgado y estaba tan pálido como cuando adolescente. Se levantaba a las cuatro de la mañana; sacaba de la cuadra la yunta;

aparejaba las mulas y se marchaba con ellas a las tierras que tenía que labrar. Todo el día, de la mañana a la noche, lo pasaba en la inmensa llanura abriendo surcos simétricos, larguísimos, paralelos. Unas picazas revolaban en el cielo azul; otras yuntas caminaban lentas, muy lentas allá a lo lejos. Al anochecer, cuando el sol hacía rato que se había puesto, Juanico volvía a la labor. Cenaba entonces con los demás jornaleros y se acostaba.

Al cabo de estar siete años en la hacienda del médico, cuando murió el propietario y la finca fué dividida entre los herederos, Juanico volvió a quedar sin trabajo. Ya entonces estaba más pálido y más delgado que nunca. Apenas tenía fuerzas; le daban de cuando en cuando unos profundos desmayos. Se encontró sin trabajo y no supo qué hacer ni dónde ir. Comenzó a andar por los caminos; eran sus compañeros las avecicas del cielo y los canes perdidos. Llevaba un zurrón a la espalda y en él metía los mendrugos que le daban. Un perro vaga-

bundo y extenuado, con unos ojos brillantes, se incorporó a él y no le dejaba en sus caminatas.

Juanico le cobró cariño y juntos comían el pan que recogían de puerta en puerta. Como hacía mucho tiempo—desde niño—que no había estado en los Prietos, y como no tenía que hacer nada, un día se le ocurrió ir allá a ver si la casa estaba lo mismo que antes. Era en invierno; llegó a los Prietos al anochecer de un día crudísimo, en que había estado nevando. Juanico conversó un rato con el encargado de la casa y le pidió albergue. Le indicaron un cobertizo lleno de estiércol. Juanico se acostó en el muladar. A la mañana siguiente lo encontraron muerto; junto a él, sentado en dos patas, con la cabeza levantada al cielo, estaba aullando el perrito.

(España)

EL MAR

Un poeta que vivía junto al Mediterráneo, ha plañido a Castilla porque *no puede ver el mar*. Hace siete siglos, otro poeta—el autor del *Poema del Cid*—llevaba a la mujer y a las hijas de Rodrigo Díaz desde el corazón de Castilla a Valencia; allí, desde una torre, los hacía contemplar — seguramente por primera vez—el mar.

*Miran Valencia como iaze la çibdad,
E del otra parte a oio han el mar*

No puede ver el mar la solitaria y melancólica Castilla. Está muy lejos el mar de estas campiñas llanas, rasas, yermas, polvorientas; de estos barrancales pedregosos; de estos terrazgos rojizos, en que los aluviones torrenciales han abierto hondas mellas; de estas quiebras acera-
das y abruptas de las montañas; de estos mansos alcores y terreros, desde donde se divisa un caminito que va en

zigzags hasta un riachuelo. Las auras marinas no llegan hasta estos poblados pardos, de casuchas deleznales, que tienen un bosquecillo de chopos junto al ejido. Desde la ventanita de este sobrado, en lo alto de la casa, no se ve la extensión azul y vagorosa: se columbra allá en una colina una ermita con los cipreses rígidos, negros, a los lados, que destacan sobre el cielo límpido. A esta olmeda, que se abre a la salida de la vieja ciudad, no llega el rumor rítmico y ronco del oleaje: llega en el silencio de la mañana, en la paz azul del mediodía, el cacareo metálico, largo, de un gallo, el golpear sobre el yunque de una herrería. Estos labriegos secos, de faces polvorientas, cetrinas, no contemplan el mar: ven la llanada de las mieses; miran, sin verla, la largura monótona de los surcos en los bancales. Estas viejecitas de luto, con sus manos pajizas, sarmentosas, no encienden, cuando llega el crepúsculo, una luz ante la imagen de una Virgen que vela por los que salen en las barcas: van por las callejas pinas y tortuosas a las nove-

nas, miran al cielo en los días borrascosos y piden, juntando sus manos, no que se aplaquen las olas, sino que las nubes no despidan granizos asoladores.

No puede ver el mar la vieja Castilla: Castilla, con sus vetustas ciudades, sus catedrales, sus conventos, sus callejuelas llenas de mercaderes, sus jardines encerrados en los palacios, sus torres con chapiteles de pizarra, sus caminos amarillentos y sinuosos, sus fonditas destartadas, sus hidalgos que no hacen nada, sus muchachas que van a pasear a las estaciones, sus clérigos con los balandranes verdosos, sus abogados — muchos abogados, infinitos abogados — que todo lo sutilizan, enredan y confunden. Puesto que desde esta ventanita del sobrado no se puede ver el mar, dejad que aquí, en la vieja ciudad castellana, evoquemos el mar. Todo está en silencio: allá en una era del pueblo se levanta una tenue polvoreda; luego, más lejos, aparece la sierra baja, hosca, sin árboles, sin viviendas. ¿Cómo es el mar? ¿Qué dice el mar? ¿Qué se hace en el mar? Recordemos, co-

mo primera visión, las playas largas, doradas y solitarias; una faja de verdura se extiende, dentro, en la tierra, paralela al mar; el mar se aleja inmenso, azul, verdoso, pardo, hacia la inmensidad; una banda de nubecillas redondeadas parece posarse sobre el agua en la línea remotísima del horizonte. Nada turba el panorama. La suave arena se aleja a un lado y a otro hasta tocar en dos brazos de tierra que se internan en el agua; las olas vienen blandamente a deshacerse en la arena; pasa en lo alto, sobre el cielo azul, una gaviota.

* * *

Cambiamos de evocación. No estamos ya de día junto al mar. Ahora es de noche; el poblado está remoto; apenas si se percibe una lucecita en la lejanía. El mar se halla frente a nosotros; no le vemos apenas; sabemos que aquí, a nuestros pies, en lo hondo de este acantilado, comienza la extensión infinita. Pero percibimos el rumor ronco, incesante, de las olas que se estrellan contra las peñas. En la negrura del firmamento brillan luce-

ros. Pasarán siglos, pasarán centenares de siglos: estas estrellas enviarán sus parpadeos de luz a la tierra; estas aguas mugidoras chocarán espumajeantes en las rocas: la noche pondrá su obscuridad en el mar, en el cielo, en la tierra. Y otro hombre, en la sucesión perenne del tiempo, escuchará absorto, como nosotros ahora, el rumor de las olas y contemplará las luminarias eternas de los cielos. En la noche, junto al mar, es también visión profunda, henchida de emoción, la de los faros: faros que se levantan en la costa sobre una colina; faros contruídos sobre un acantilado; faros que surgen, mar adentro, por encima de las aguas, asentados en un arrecife batido por las olas. En la noche, los faros nos muestran su ojo luminoso, ya permanente, ya con intermitencias de luz y obscuración ¿Qué ojos verán desde la inmensidad negra esos parpadeos? ¿Qué sensaciones despertarán en quienes caminan de la tierra nativa hacia lejanos países?

* * *

De la noche, tornemos otra vez al mediodía radiante. Ya no paseamos sobre

la arena de una suave playa. Nos hallamos en lo alto de una montaña; sus laderas son suaves y gayas de verdura. Lejos está el tráfico y la febrilidad de la urbe; hemos escapado a nuestras inquietudes diarias. Gozamos de este mundo de paz y de mar ancho. Inmenso se despliega ante nuestra mirada: no es el claro Mediterráneo, es el turbulento y misterioso Atlántico. Las laderas del monte acaban en unos peñascales; una aguda réstinga se destaca de la costa y entra en el mar; las olas corren sobre su lomo, van, vienen, hierven, se deshacen en nítidos espumarajos. Ese movimiento tumultuoso se presenta a nuestro ojos contrastando con la quietud, la inmovilidad del mar allá en la lejanía. Su color es vario a trechos: azulado, terroso, verde, pardo, glauco; una banda de color de acero divide un vasto manchón azul. Allá en los confines del horizonte aparece un puntito que va dejando detrás de sí, en el cielo, un rastro negro. Al cabo de un minuto ha desaparecido; las olas, al pie de la montaña, se encrespan, chocan con las rocas, se deshacen en blanca espuma.

* * *

Y traídas por estas evocaciones surgen otras. Vemos los puertos populosos cuajados de barcos de todos los tamaños y de todas las naciones, con el bosqueje de sus velámenes, con las proas tajantes, con las recias chimeneas; en el ambiente se respira un grato olor a brea; van y vienen por los muelles hileras de carros; rechinan las grúas y las gruesas cadenas de hierro. Un vapor se mueve lentamente hacia el mar libre; resuenan tres espaciados toques de sirena; un rato después el barco se pierde a lo lejos, entre el cielo y el mar. Vemos las calas plácidas y los surgideros tranquilos de los pequeños pueblos; los freos o canales angostos, que penetran entre dos montañas tierra adentro; los médanos o bancos de arena, que se dilatan en suaves veriles hasta perderse bajo el agua límpida, transparente; las mañanas turbias en que todo es gris; el cielo, las aguas, la tierra, y en que nuestro espíritu se hinche de grises añoranzas; los días de furibundas tormentas—tan soberbiamente pintadas por

Ercilla—en que el vendabal dobla los árboles de las colinas, salta el agua sobre los acantilados, se abren profundos senos, súbitamente, en el mar, se levantan las aguas a increíbles alturas, baten las olas, bajo un cielo negro, los arrecifes de la costa.

*...las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas.*

* * *

Pero nuestras evocaciones han terminado; desde las lejanas costas volvemos a la vieja ciudad castellana. Por la ventanita de este sobrado columbramos la llanura árida, polvorienta; el aire es seco, caliginoso. Suenan las campanadas lentas de un convento. Castilla no puede ver el mar.

(Castilla.)

LOS FERROCARRILES

¿Cómo han visto los españoles los primeros ferrocarriles europeos? En España los primeros ferrocarriles construídos fueron: el de Barcelona a Mataró, en 1848; el de Madrid a Aranjuez, en 1851. Años antes de inaugurarse esos nuevos y sorprendentes caminos habían viajado por Francia, Bélgica e Inglaterra algunos escritores españoles; en los relatos de sus viajes nos contaron sus impresiones respecto de los ferrocarriles. Publicó Mesonero Romanos sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*, en 1841; al año siguiente aparecía el segundo volumen de los *Viajes de Fray Gerundio*. Más detenida y sistemáticamente habla Lafuente que Mesonero de los ferrocarriles.

D. Modesto Lafuente fué periodista humorístico e historiador; nació en 1806 y

murió en 1866. Compuso la *Historia de España* que todos conocemos; hizo largas y ruidosas campañas como escritor satírico. Acarreóle una de sus sátiras, en 1814, una violenta agresión de D. Juan Prim—entonces Coronel—; vemos un caluroso aplauso a esa agresión en el número VI de la revista *El Pensamiento*. D. Miguel de los Santos Alvarez dirigía esa publicación; colaboraban en ella Espronceda, Enrique Gil, García y Tassara, Ros de Olano. Rehusó Lafuente batirse con Prim; negóse a responder al sentimiento tradicional del honor. “Las injurias personales—decía *El Pensamiento*—, en todos los países, personalmente se ventilan. España, esta tierra clásica del valor y de la hidalguía, ¿desmentiría con su fallo su noble carácter?” “¿Se asociaría —añade el anónimo articulista— al cobarde que acude a los Tribunales en lugar de acudir a donde le llama su honor?”

Un escritor que de tal modo rompía con uno de los más hondos y transcendentales aspectos de la tradición había

de ser el primero que más por extenso y entusiastamente nos hablase de los ferrocarriles: es decir, de un medio de transporte que venía a revolucionar las relaciones humanas. Fray Gerundio viaja, brujulea, corretea por Francia, por Bélgica, por Holanda, por las orillas del Rhin; lo ve todo; quiere escudriñarlo y revolverlo todo. Observa las ciudades, los caminos, las viejas y pesadas diligencias, los Parlamentos, las tiendas, las calles, los yantares privativos de cada país. Su charla es ligera, aturdida, amena; aguda y exacta a trechos. Lafuente se reservó su llegada a Bélgica para tratar de los caminos de hierro, “por ser Bélgica el país en que los caminos de hierro están más generalizados y acondicionados”. Minuciosamente va haciendo nuestro autor una descripción de los ferrocarriles.

“No todos los españoles —dice Lafuente—, por lo que en muchas conversaciones he oído y observado, tienen una idea exacta de la forma material de los caminos de hierro.” De la construcción de la

línea, de los túneles, de los viaductos, de las estaciones, de los coches, nos habla Fray Gerundio con toda clase de detalles. No nos detengamos en ellos; el tren va a partir; subamos a nuestro vagón. “El humo de carbón de piedra que saliendo del cañón de la máquina locomotiva de bronce obscurece y se esparce por la atmósfera, anuncia la proximidad de la partida del convoy.” Han unido ya a la máquina diez, quince, veinte coches. Se clasifican los carruajes en tres categorías: las diligencias o berlinas, los coches o *char-á-bancs* y los vagones. Las berlinas constan de 26 ó 28 asientos, cómodos, mullidos; divídense en tres departamentos que se comunican por puertecillas. Los *char-á-bancs* constan de una sola división y son de cabida de 30 personas. Los vagones van abiertos y sirven “para las gentes de menos fortuna y para las mercancías.” Han sonado unos persistentes toques de campana. Suben los viajeros a sus respectivos coches. Un dependiente que va en el último vagón del tren toca una trompeta; contesta con otro

trompetazo otro empleado situado a la cabeza del convoy. Y el tren se pone en marcha. Poco a poco el movimiento se va acelerando. "Los objetos desaparecen como por ensalmo". Conviene que el viajero no mire el paisaje que se desliza junto al vagón, sino a lo lejos. Si se mira a los lados no se verá "más que una cinta que forma, y se irá la cabeza fácilmente." Mesonero habla también de la rapidez con que desaparecen de la vista los objetos cercanos, y dice que por esto "es conveniente fijarla en la lontananza, o, por mejor decir, no fijarla en ninguna parte." La celeridad con que se marcha es de ocho a diez leguas por hora. "Recuerdo —escribe Mesonero— haber hecho en una hora y dos minutos la travesía desde Brujas a Gante, que son doce leguas." En 1840, cuando Lafuente y Mesonero observaban los ferrocarriles extranjeros, ya corría un tren en Cuba, entre la Habana y Güines. Nos habla de ese ferrocarril el desbaratado romántico don Jacinto de Salas y Quiroga, el amigo de Larra y de Espronceda, en el primer tomo de sus

Viajes—dedicado a la Isla de Cuba—publicado en el citado año. Un solo viaje hacía diariamente ese tren de la Habana a Güines; cuarenta y cuatro millas era el recorrido. “Desde luego—dice Salas—noté menor velocidad que la que otras veces había experimentado en Inglaterra.” “Apenas andábamos—añade—cuatro leguas españolas por hora.” Al llegar Salas y Quiroga a Cuba, y al contemplar el destartalamiento de las fondas y la incomodidad de las ciudades, junto con el camino de hierro, en extraño y clamador contraste, recordó una frase de un famoso amigo suyo. “Vino naturalmente a la memoria—escribe—aquel célebre dicho de mi amigo Larra: *En esta casa se sirve el café antes que la sopa.*”

* * *

Pero continuemos nuestro viaje en el ferrocarril belga, acompañados de Fray Gerundio. Nada más cómodo que viajar en el tren. No hay temor, como algunos aseguran, de dificultad o ahogo en la respiración. El movimiento es suave: “una

especie de movimiento trémulo y vibratorio." Se puede ir hablando, jugando o leyendo; algunas veces los empleados van escribiendo en un coche destinado a oficina. Una muchedumbre de viajeros llena los trenes y circula por todos los caminos. Las gentes se encuentran en los caminos con la misma frecuencia que en las calles de París, de Londres "y aun de Madrid." Toda Bélgica es una gran ciudad. Todo el mundo viaja con una facilidad extraordinaria. Frecuentemente se ve a una linda joven, "elegantemente vestida", penetrar en un coche del tren. Aun estando el carruaje lleno de hombres, no hay miedo de que nadie se desmande ni haga ni diga nada que pueda ofender o ruborizar a la viajera. "Lo que es un caso igual—escribe Lafuente—sucedería en España lo puede suponer el curioso lector." De pronto el tren entra en un largo y elevado viaducto. "Espectáculo raro" es entonces ver el rápido convoy marchar por encima de los carruajes que allá abajo pasan por los arcos del puente. Otras veces el tren penetra en un tú-

nel. "Imponente" es ese momento. El ruido de la máquina junto con el estrépito de los coches resuena hórridamente bajo la bóveda; sólo acá y allá una lucecita rompe la densa obscuridad; pasan veloces en las tinieblas, rasgándolas, las chispas y carbones desprendidos de la máquina... Y bruscamente, aparecen de nuevo la luz, el paisaje, el campo ancho y libre. ¿Qué sensaciones más gratas, más artísticas que éstas? Mesonero Romanos protestaba contra los "señores poetas" que, existiendo el "asombroso espectáculo" de los caminos de hierro, afirman que, "el siglo actual carece de poesía". Describe Mesonero la poesía de los caminos de hierro en sus diversas fases, ya de día, ya durante la noche. Encantaba ese espectáculo también a Lafuente. "Magnífico y sorprendente cuadro—escribe—; mil veces aún más interesante y más poético cuando se presencia en horas avanzadas de una noche oscura." Sí; tienen una profunda poesía los caminos de hierro. La tienen las anchas, inmensas estaciones de las grandes

urbes, con su ir y venir incesante—vaivén eterno de la vida—de multitud de trenes; los silbatos agudos de las locomotoras que repercuten bajo las vastas bóvedas de cristales; el barbotar clamoroso del vapor en las calderas; el zurrir estridente de las carretillas; el tráfago de la muchedumbre; el llegar raudo, impetuoso, de los veloces expresos; el formar pausado de los largos y brillantes vagones de los trenes de lujo, que han de partir un momento después; el adiós de una despedida inquietante, que no sabemos qué misterio doloroso ha de llevar en sí; el alejarse de un tren hacia las campiñas lejanas y calladas, hacia los mares azules. Tienen poesía las pequeñas estaciones en que un tren lento se detiene largamente, en una mañana abrasadora de verano; el sol lo llena todo y ciega las lejanías; todo es silencio; unos pájaros pían en las acacias que hay frente a la estación; por la carretera polvorienta, solitaria, se aleja un carricoche, hacia el poblado que destaca con su campanario agudo, techado de negruzca pizarra. Tienen poesía esas

otras estaciones cercanas a viejas ciudades, a las que en las tardes del domingo, durante el crepúsculo, salen a pasear las muchachas y van devaneando lentamente a lo largo del andén, cogidas de los brazos, escudriñando curiosamente la gente de los coches. Tiene, en fin, poesía, la llegada del tren, allá de madrugada, a una estación de capital de provincia; pasado el primer momento de arribo, acomodados los viajeros que esperaban, el silencio, un profundo silencio, ha tornado a hacerse en la estación; se escucha el resoplar de la locomotora; suena una larga voz; el tren se pone otra vez en marcha; y allá a lo lejos, en la obscuridad de la noche, en estas horas densas, profundas, de la madrugada, se columbra el parpadeo tenue, misterioso, de las lucecitas que brillan en la ciudad dormida: una ciudad vieja, con callejuelas estrechas, con una ancha catedral, con una fonda destartalada, en la que ahora, sacando de su modorra al mozo, va a entrar un viajero recién llegado, mientras nosotros nos alejamos en el tren, por la

campiña negra, contemplando el titileo de esas lucecitas que se pierden y surgen de nuevo, que acaban por desaparecer definitivamente.

* * *

En 1846 se publicó en Londres un libro titulado *Railways; their rise, progress and construction; with remarks on railway accidents and proposals for their prevention*. Su autor es el ingeniero Robert Ritchie. No podría encontrarse, para su época, un tratado más completo sobre ferrocarriles. “Los ferrocarriles—escribe Ritchie—removerán los prejuicios y harán que unos a otros se conozcan mejor los miembros de la gran familia humana; tenderán así a promover la civilización y a mantener la paz del mundo.” Cinco años después, en 1851, el mismo año en que se inauguraba el ferrocarril de Madrid a Aranjuez, se publicaba una *Guía* de esta última ciudad; la publicaba Francisco Nard. Lleva como apéndice esta *Guía*—dedicada a los viajeros del ferrocarril—un apéndice en que se hace la historia de los caminos de hie-

rrero, y especialmente la del novísimo de Madrid a Aranjuez. El autor canta entusiasmado las ventajas de los nuevos caminos. Sus resultados serán incalculables para las relaciones internacionales y para el bienestar de los pueblos. “A los caminos de hierro—dice el autor—deberemos los que hasta aquí no han podido conseguir ni los más profundos filósofos ni los diplomáticos más hábiles.” Cuando en una semana se pueda recorrer toda Europa, conoceránse mejor los nacionales de todos los países, podrán unirse todos con otros vínculos distintos de los de una falaz diplomacia. Se establecerá entre todos una mancomunidad indisoluble de intereses, ideas y simpatías. “En fin—termina el autor—, será tan difícil hacer la guerra como es hoy mantenerse en la paz; y los pueblos, tendiéndose las manos, serán felices merced a los caminos de hierro.”

No podían sospechar el ingeniero inglés y el escritor español—así como todos los que hablaban en el mismo sentido allá en el alborear de los caminos de hierro—,

no podían sospechar, al hacer a los ferrocarriles propagadores de la paz universal, el alcance de sus palabras: alcance en sentido opuesto, negativo. Cuando ante el amago de una guerra—dice hoy el proletariado internacional—podamos hacer que cesen de marchar los trenes, la paz del mundo será un hecho. Los ferrocarriles serán la paz.

(Castilla.)

LAS NUBES

Calisto y Melibea se casaron — como sabrá el lector, si ha leído *La Celestina*— a pocos días de ser descubiertas las rebozadas entrevistas que tenían en el jardín. Se enamoró Calisto de la que después había de ser su mujer un día en que entró en la huerta de Melibea persiguiendo un halcón. Hace de esto diez y ocho años. Veintitrés tenía entonces Calisto. Viven ahora marido y mujer en la casa solariega de Melibea; una hija les nació que lleva, como su abuela, el nombre de Alisa. Desde la ancha solana que está a la parte trasera de la casa se abarca toda la huerta en que Melibea y Calisto pasaban sus dulces coloquios de amor. La casa es ancha y rica; labrada escalera de piedra arranca de lo hondo del zaguán. Luego, arriba, hay salones vastos, apartadas y silenciosas camarillas, corredores penumbrosos, con una puerteci-

lla de cuarterones en el fondo, que—como en *Las Meninas*, de Velázquez—deja ver un pedazo de luminoso patio. Un tapiz de verdes ramas y piñas gualdas sobre fondo bermejo cubre el piso del salón principal: el salón, donde en cojines de seda, puestos en tierra, se sientan las damas. Acá y allá destaca silloncitos de cadera, guarnecidos de cuero rojo, o sillas de tijera con embutidos mudejares; un contador con cajonería de pintada y estofada talla, guarda papeles y joyas; en el centro de la estancia, sobre la mesa de nogal, con las patas y las chambranas talladas, con fiadores de forjado hierro, reposa un lindo juego de ajedrez con embutidos de marfil, nácar y plata; en el alinde de un ancho espejo refléjanse las figuras aguileñas, sobre fondo de oro, de una tabla colgada en la pared frontera.

Todo es paz y silencio en la casa. Melibebe anda pasito por cámaras y corredores. Lo observa todo; ocurre a todo. Los armarios están repletos de nítida y bien oliente ropa—aromada por gruesos membrillos—. En la despensa un rayo de sol

hace fulgir la ringla de panzudas y vi-
driadas orcitas talaveranas. En la coci-
na son espejos los artefactos y cacharros
de azófar que en la espetera cuelgan, y
los cántaros y alcarrazas obrados por la
mano de curioso alcaller en los alfares
vecinos, muestran, bien ordenados, su
vientre redondo, limpio y rezumante. To-
do lo previene y a todo ocurre la diligente
Melibea; en todo pone sus dulces ojos
verdes. De tarde en tarde, en el silencio
de la casa, se escucha el lánguido y me-
lodioso son de un clavicordio: es Alisa
que tañe. Otras veces, por los viales de
la huerta, se ve escabullirse calladamen-
te la figura alta y esbelta de una moza:
es Alisa que pasea entre los árboles.

La huerta es amena y frondosa. Cre-
cen las adelfas a par de los jazmineros;
al pie de los cipreses inmutables ponen
los rosales la ofrenda fugaz—como la vi-
da—de sus rosas amarillas, blancas y
bermejas. Tres colores llenan los ojos en
el jardín: el azul intenso del cielo, el blan-
co de las paredes encaladas y el verde
del bosque. En el silencio se oye—al

igual de un diamante sobre un cristal— el chiar de las golondrinas, que cruzan raudas sobre el añil del firmamento. De la taza de mármol de una fuente cae deshilachada, en una franja, el agua. En el aire se respira un penetrante aroma de jazmines, rosas y magnolias. “Ven por las paredes de mi huerto”, le dijo dulcemente Melibea a Calisto hace diez y ocho años.

* * *

Calisto está en el solejar, sentado junto a uno de los balcones. Tiene el codo puesto en el brazo del sillón, y la mejilla reclinada en la mano. Hay en su casa bellos cuadros; cuando siente apetencia de música, su hija Alisa le regala con dulces melodías; si de poesía siente ganas, en su librería puede coger los más delicados poetas de España e Italia. Le adoran en la ciudad; le cuidan las manos solícitas de Melibea; ve continuada su estirpe, si no en un varón, al menos, por ahora, en una linda moza, de viva inteligencia y bondadoso corazón. Y, sin embargo, Calisto se halla

absorto, con la cabeza reclinada en la mano. Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, ha escrito en su libro :

...et crei la fabrilla

Que dis: Por lo pasado no estés mano en mejilla.

No tiene Calisto nada que sentir del pasado; pasado y presente están para él al mismo rasero de bienandanza. Nada puede conturbarle ni entristecerle. Y, sin embargo, Calisto, puesta en la mano la mejilla, mira pasar a lo lejos, sobre el cielo azul, las nubes.

Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son—como el mar—siempre varias y siempre las mismas. Sentimos mirándolas cómo nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas —tan fugitivas—permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos, las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros. Cuando queremos tener aprisionado el tiempo—en un momento de ventura—vemos que han pasado ya semanas, meses, años. Las nubes, sin

embargo, que son siempre distintas, en todo momento, todos los días, van caminando por el cielo. Hay nubes redondas, henchidas, de un blanco brillante, que destacan en las mañanas de primavera sobre los cielos translúcidos. Las hay como cendales tenues, que se perfilan en un fondo lechoso. Las hay grises sobre una lejanía gris. Las hay de carmín y de oro en los ocasos inacabables, profundamente melancólicos, de las llanuras. Las hay como velloncitos iguales é innumerables, que dejan ver por entre algún claro un pedazo de cielo azul. Unas marchan lentas, pausadas; otras pasan rápidamente. Algunas, de color de ceniza, cuando cubren todo el firmamento, dejan caer sobre la tierra una luz opaca, tamizada, gris, que presta su encanto a los paisajes otoñales.

Siglos después de este día en que Calisto está con la mano en la mejilla, un gran poeta—Campoamor—habrá de dedicar a las nubes un canto en uno de sus poemas titulado “Colón”. Las nubes—dice el poeta—nos ofrecen el espectáculo de la vida. La existencia, ¿qué es sino un juego de nubes? Diríase que las nu-

bes son "ideas que el viento ha condensado"; ellas se nos representan como un "traslado del insondable porvenir". "Vivir—escribe el poeta—es *ver pasar*". Sí; vivir es ver pasar: ver pasar allá en lo alto, las nubes. Mejor diríamos: vivir es *ver volver*. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno; ver volver todo—angustias, alegrías, esperanzas—como esas nubes que son siempre distintas y siempre las mismas, como esas nubes fugaces e inmutables.

Las nubes son la imagen del Tiempo. ¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el Tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado y en el pasado lo por venir?

* * *

En el jardín, lleno de silencio, se escucha el chinar de las rápidas golondrinas. El agua de la fuente cae deshilachada por el tazón de mármol. Al pie de los cipreses se abren las rosas fugaces, blancas, amarillas, bermejas. Un denso aroma de jazmines y magnolias embalsama el aire. Sobre las paredes de nítida cal resalta el verde de la fronda; por encima del verde y del blanco, se extiende el añil

del cielo. Alisa se halla en el jardín, sentada con un libro en la mano. Sus menudos pies asoman por debajo de la falda de fino contray; están calzados con chapines de terciopelo negro, adornados con rapacejos y clavetes de bruñida plata. Los ojos de Alisa son verdes, como los de su madre; el rostro, más bien alargado que redondo. ¿Quién podría contar la nitidez y sedosidad de sus manos? Pues de la dulzura de su habla, ¿cuántos loores no podríamos decir?

En el jardín todo es silencio y paz. En lo alto de la solana, recostado sobre la barandilla, Calisto contempla extático a su hija. De pronto, un halcón aparece revolando rápida y violentamente por entre los árboles. Tras él, persiguiéndole, todo agitado y descompuesto, surge un mancebo. Al llegar frente a Alisa, se detiene absorto, sonrío y comienza a hablarla.

Calisto lo ve desde el carasol y adivina sus palabras. Unas nubes redondas, blancas, pasan lentamente, sobre el cielo azul, en la lejanía.

(Castilla,)

PRIMAVERA, MELANCOLIA. . .

Un amigo llega a mi casa después de una larga correría por Europa.

—Ahora—me dice—me marchó a encerrarme en el pueblo. Ya lo conoce usted. Es un pueblo claro y silencioso de Levante. No quiero hablar con nadie ni ver a nadie. Tengo una casa en los linderos de la ciudad. Tiene un jardín delante y un huerto detrás. Las habitaciones son espaciosas y ventiladas. Entra el sol a raudales en invierno. En verano corro las persianas, entorno las maderas y reina en las estancias una grata penumbra. En la primavera observo cómo la luz va cambiando; todas las cosas parece que sufren un profundo cambio al pasar del invierno al verano. Yo paseo en las mañanas por el jardín y huerto. Me levanto temprano.

Los gorriones de los árboles me despiertan con sus gritos nerviosos. Los

conozco á todos. Oigo las campanas lejanas tocar a las primeras misas. Hay en esta hora matinal una viveza y una transparencia que no hay en las demás horas del día. El aire parece de cristal; las montañas remotas parecen de porcelana. Resuena una tos de un viejo labriego que pasa. Luego, las viejecitas vestidas de negro, con sus manos pajizas, discurren por las calles camino de la iglesia. Salgo de casa y llego hasta la plaza del pueblo. Hablo algunas palabras con los viejos madrugadores. Los viejos parece que esperan todos impacientes, ansiosos, la llegada de las primeras luces del día. Inmediatamente que clarea el cielo, salen de sus casas y dan pequeños paseos por los soportales. Son viejos labriegos, viejos amigos de la tierra, que han vivido toda su vida viendo colorearse el cielo con los resplandores del alba. Son amigos de los gorriones mañaneros y de las campanas que tocan a la primera misa. Tosen encorvándose y tienen algún pronóstico para lo que ha de ocurrir durante el día.

Cuando vuelvo a casa ya está todo en orden y limpio. No tolero que den grandes y ruidosos golpes en los muebles. Quiero que se limpie todo en silencio. Un rayo de sol entra hasta la mesa en que yo tomo mi desayuno. Respiro a plenos pulmones el aire saturado de jazmines y lilas. Una abeja, temprana, laboriosa, viene ya diligente a esta hora hasta las flores. Le corre prisa, mucha prisa, por llevarse las patitas llenas de pegotes amarillentos. Los cetonios panzudos y dorados, todavía están durmiendo en el seno sedoso de las rosas. Necesitan mucho sol; quieren que el aire esté muy pesado, muy denso. Hasta que no promedie la mañana no saldrán de sus escondrijos y no revolotearán pesadamente de un lado a otro. Mi can ha dado unas vueltas por el jardín. Lo hace para que yo no crea que descuida el primero de sus deberes: la vigilancia. Sin embargo, no vigila nada. Sabe él que nada ocurrirá, y después de andar por el jardín un poco aburrido, vuelve a recostarse al pie de la butaca en que yo leo.

Los libros que yo leo son sencillos y claros. Detesto los libros largos y confusos. Cuando hasta mí llega una carta muy larga, no puedo enterarme de ella. A los amigos y a los conocidos lejanos les entero de mi vida en cuatro letras menuditas y simétricas sobre un papel blanco y sin brillo. No sé tocar el piano; pero tengo una pianola y cerca de ella, al alcance de la mano, un rimerito de piezas de Beethoven, de Mozart y de Wagner. En las paredes de mi casa no hay ningún cuadro al óleo; como no puedo poseer grandes lienzos de Velázquez, Veronés, Tiziano y Goya, tengo de ellos hermosas fotografías. Me gustan, sobre todo, Tiziano, Goya y Velázquez. Cuando me canso de leer y escribir, me siento, en una mecedora y dormito frente al jardín, lleno de aromas y de silencio.

Mi mesa es sobria. No me gustan las cosas complicadas. Cómo principalmente vegetales y frutas. Me place conservar, después de levantarme de la mesa, la sensación de no haber comido nada. Para mí sería algo muy penoso el verme

obligado a tomar una cucharada de bicarbonato. Quiero ver la mesa limpia, nítida; la cristalería ha de relucir y brillar. Sobre el mantel pongo un haz de rosas y de hierbas silvestres. Amo todos los hierbajos de la montaña: el romero, la mejorana, la salvia, el cantueso. Me traen una impresión que no me proporcionan las flores y plantas de los jardines; una impresión de soledad, de libertad, de fortaleza y de sinceridad.

Voy por las tardes a dar largos paseos por mis tierras. Converso con los labriegos. Les pregunto mil cosas relativas a la labranza. Me cuentan las impresiones de sus vidas: vidas vulgares, uniformes, en las cuales no ha ocurrido nunca nada. Si alguno ha pasado por Madrid para ir a segar a tierras lejanas, me dice lo que le ha parecido Madrid. Bebo el agua fresca de los hontanares del monte. Observo entre los lentiscos cómo tienen las silenciosas arañas tendidas sus telas. Si levanto una pesada piedra, veo los glomeridos removerse molestados con la luz y con el ruido. En

algún remanso o estanque contemplo los girinos dar vueltas y revueltas, trazar sus círculos. Envidio a estos animalejos—cuya misión se reduce a correr constantemente sobre el agua con sus patas largas. Observo cómo riegan los bancales y los herreñales. Ver correr el agua por las acequias y observar cómo la tierra sedienta la recibe y se desposa con ella, es una de mis mayores satisfacciones.

Después, cuando llega el crepúsculo, permanezco absorto observando cómo el cielo se va obscureciendo poco a poco y cómo las cosas vuelven a su reposo después de la lucha del día. Las estrellas comienzan a destacarse en lo alto. Se oye a lo lejos una canción larga y melancólica. Han callado los pájaros. En la lejana ciudad brillan las lucecitas eléctricas. Cuando vuelvo al pueblo, si al pasar por alguna calle solitaria, oigo las notas de algún piano que canta en el crepúsculo alguna de esas músicas viejas y románticas—una música tocada por algunas manos finas y blancas—siento tristeza, una tenue e indefinible tristeza,

invadir mi espíritu. Dentro de doscientos, de trescientos años, otras notas tan melancólicas como éstas, tan largas, tan suaves, sonarán también en esta calle, en este crepúsculo. ¿Quién las escuchará? ¿Qué manos tristes y ensoñadoras las tocarán? ¿Qué ensueños y que melancolías suscitarán?

(Lecturas Españolas)

UNA LUCECITA ROJA

De los oios tan fuerte mientre lorando....

Poema del Cid

Si queréis ir allá, a la casa del Henar, salid del pueblo por la calle de Pellejeros, tomad el camino de los molinos de Ibangrande, pasad junto a las casas de Marañuela y luego comenzad a ascender por la cuesta de Navalosa. En lo alto, asentada en una ancha meseta, está la casa. La rodean viejos olmos; dos cipreses elevan sobre la fronda sus cimas rígidas, puntiagudas. Hay largos y pomposos arriates en el jardín. Hay en la verdura de los rosales, rosas bermejas, rosas blancas, rosas amarillas. Desde lo alto se descubre un vasto panorama: ahí tenéis a la derecha, sobre aquella lomita redonda, la ermita de Nuestra Señora del Pozo Viejo; más lejos, cierra el horizonte una pincelada zarca de la sierra; a la izquierda, un azagador hace

serpenteos entre los recuestos y baja hasta el río, a cuya margen, entre una olmeda, aparecen las techumbres rojizas de los molinos. Mirad al cielo: está limpio, radiante, azul; unas nubecillas blancas y redondas caminan ahora lentamente por su inmensa bóveda. Aquí en la casa, las puertas están cerradas; las ventanas están cerradas también. Tienen los cristales rotos y polvorientos. Junto a un balcón hay una alcarraza colgada. En el jardín, por los viales de viejos árboles, avanzan las hierbas viciosas de los arriates. Crecen los jazmineños sobre los frutales; se empina una pasionaria hasta las primeras ramas de los cipreses y desde allí deja caer flotando unos floridos festones.

Cuando la noche llega, la casa se va sumiendo poco a poco en la penumbra. Ni una luz ni un ruido. Los muros desaparecen esfumados en la negrura. A esta hora, allá abajo, se escucha un sordo, formidable estruendo que dura un breve momento. Entonces, casi inmediatamente, se ve una lucesita roja que aparece en

la negrura de la noche y desaparece en seguida. Ya sabréis lo que es: es un tren que todas las noches, a esta hora, en este momento, cruza el puente de hierro tendido sobre el río y luego se esconde tras una loma.

* * *

La casa ha abierto sus puertas y sus ventanas. Vayamos desde el pueblo hasta las alturas del Henar. Salgamos por la calle de Pellejeros; luego tomemos el camino de los molinos de Ibangrande; después pasemos junto a las casas de Marañuela; por último ascendamos por la cuesta de Novalosa. El espectáculo que descubramos desde arriba nos compensará de las fatigas del camino. Desde arriba se ven los bancales y las hazas como mantos diminutos formados de distintos retazos—retazos verdes de los sembrados, retazos amarillos de los barbechos—. Se ven las chimeneas de los caseríos humear. El río luce como una cintita de plata. Las sendas de los montes suben y bajan, surgen y se esconden como si estuvieran vivas. Si marcha un

carro por un camino diríase que no avanza, que está parado: lo miramos y lo miramos y siempre está en el mismo sitio.

La casa está animada. Viven en ella. La habitan un señor, pálido, delgado, con una barba gris, una señora y una niña. Tiene el pelo flotante y de oro la niña. Las hierbas que salían de los arriates sobre los caminejos han sido cortadas. Sobre las mesas de la casa se ven redondos y esponjados ramos de rosas: rosas blancas, rosas bermejas, rosas amarillas. Cuando sopla el aire, se ve en los balcones abiertos cómo unas blancas, nítidas cortinas salen hacia afuera formando como la vela abombada de un barco. Todo es sencillo y bello en la casa. Ahora en las paredes, desnudas antes, se ven unas anchas fotografías, que representan catedrales, ciudades, bosques, jardines. Sobre la mesa de este hombre delgado y pálido, destacan gruesas rimas de cuartillas y libros con cubiertas amarillas, rojas y azules. Este hombre todas las mañanas se encorva hacia la mesa y va llenando con su letra chiquita

las cuartillas. Cuando pasa así dos o tres horas, entran la dama y la niña. La niña pone suavemente su mano sobre la cabeza de este hombre; él se yergue un poco y entonces ve una dulce, ligeramente melancólica sonrisa en la cara de la señora.

A la noche, todos salen al jardín. Mirad qué diafanidad tiene el cielo. En el cielo diáfano se perfilan las dos copas agudas de los cipreses. Entre las dos copas fulge—verde y rojo—un lucero. Los rosales envían su fragancia suave a la noche. Prestad atentos el oído: a esta hora se va a escuchar el ronco rumor del paso del tren—allá lejos, muy lejos—por el puente de hierro. Luego brillará la luzcita roja del furgón y desaparecerá en la noche oscura y silenciosa.

* * *

(En el jardín. De noche. Se percibe el aroma suave de las rosas. Los dos cipreses destacan sus copas alargadas en el cielo diáfano. Brilla un lucero entre las dos alongadas manchas negras.

—Ya no tardará en aparecer la lucecita.

—Pronto escucharemos el ruido del tren al pasar por el puente.

—Todas las noches pasa a la misma hora. Alguna vez se retrasa dos o tres minutos.

—Me atrae la lucecita roja del tren.

—Es cosa siempre la misma y siempre nueva.

—Para mí tiene un atractivo que casi no sabré definir. Es esa lucecita como algo fatal, perdurable. Haga el tiempo que haga, invierno, verano, lluvia o nieve la lucecita aparece todas las noches a su hora, brilla un momento y luego se oculta. Lo mismo da que los que la contemplan desde alguna parte estén alegres o tristes. Lo mismo da que sean los seres más felices de la tierra o los más desgraciados: la lucecita roja aparece a su hora y después desaparece.

La voz de la niña: Ya está ahí la lucecita.)

La estación del pueblo está a media hora del caserío. Rara vez desciende al-

gún viajero del tren o sube en él. Allá arriba queda la casa del Henar. Ya está cerrada, muda. Si quisiéramos ir hasta ella tendríamos que tomar el camino de los molinos del Ibangrande, pasar junto a las casas de Marañuela, ascender por la pendiente de Novalosa. Aquí abajo, a poca distancia de la estación, hay un puente de hierro que cruza un río; luego se mete por el costado de una loma.

Esta noche a la estación han llegado dos viajeros: son una señora y una niña. La señora lleva un ancho manto de luto; la niña viste un traje también de luto. Casi no se ve, a través del tupido velo, la cara de esta dama. Pero si la pudiéramos examinar, veríamos que sus ojos están enrojecidos y que en torno de ellos hay un círculo de sombra. También tiene los ojos enrojecidos la niña. Las dos permanecen silenciosas esperando el tren. Algunas personas del pueblo las acompañan.

El tren silba y se detiene un momento. Suben a un coche las viajeras. Desde allá arriba, desde la casa ahora cerrada, mu-

da, si esperamos el paso del tren, veríamos cómo la lucecita roja aparece y luego, al igual que todas las noches, todos los meses, todos los años, brilla un momento y luego se oculta.

(Castilla)

LOS VIEJOS

Estos son unos viejos, muy viejos. Llevan un pantalón negro, un chaleco negro, una chaqueta negra de terciopelo. Esta chaqueta es muy corta. Ya casi no quedan en el pueblo más chaquetas cortas que las de estos viejos labriegos. Van encorvados un poco y se apoyan en cayados amarillos. ¿E... qué piensan estos viejos? ¿Qué hacen estos viejos? Al anocheecer salen a la huerta y se sientan sobre unas piedras blancas. Cuando se han sentado en las piedras permanecen un rato en silencio; luego, tal vez uno tose; otro levanta la mano y golpea con ella abierta la vuelta del cayado; otro apoya los brazos cruzados sobre el bastón e inclina la cabeza pensativo... Estos viejos han visto sucederse las generaciones; las casas que ellos vieron construir están ya viejas, como ellos. Y ellos salen a la huerta y se sientan en sus piedras blancas.

Va anocheciendo. El pueblo luce intensamente dorado por los resplandores del ocaso; las palmeras y los cipreses de los huertos se recortan sobre el azul pálido; la luna resalta blanca.

Y un viejo levanta la cabeza y dice:

—La luna está en creciente.

—El día 17—observa otro—será la luna llena.

—A ver si llueve antes de la vendimia—replica un tercero—y la uva reverdece.

Y todos vuelven a callar.

Cierra la noche; un viento ligero mece las palmeras que destacan en el cielo fuliginoso. Un viejo mira hacia Poniente. Este viejo está completamente afeitado, como todos; sus ojuelos son grises, blandos; en su cara afilada, los labios aparecen sumidos y le prestan un gesto de bondad picaresca. Este viejo es el más viejo de todos; cuando camina agachado sobre su palo lleva la mano izquierda puesta sobre la espalda. Mira hacia Poniente y dice:

—El año 60 hizo un viento grande que derribó una palmera.

—Yo la ví—contesta otro—; cayó sobre la pared del huerto y abrió un boquete.

—Era una palmera muy alta.

—Sí, era una palmera muy alta.

Se hace otra larga pausa. Los murciélagos revuelan calladamente; brillan las luces en el pueblo. Entonces el viejo más viejo da dos golpes en el suelo con el cayado, y se levanta.

—¿Se marcha usted?

—Sí; ya es tarde.

—Entonces nos marcharemos todos.

Y todos se levantan de sus piedras blancas y se van al pueblo, un poco encorvados, silenciosos.

(Antonio Azorín.)